

MARIA IGNACIA GARCIA ESCOBAR.

La sabiduría del dolor y del sufrimiento.

1896-1933.

Sra. D^a. Encarnación León de Molina

Licenciada de Historia

No es fácil encontrar a Dios en el sufrimiento y en el dolor. María Ignacia García Escobar lo supo hacer desde el primer momento en que éste apareció en su vida; es más compaginó dolor, sufrimiento, amor... alegría!

Esta civilización nuestra tiene fobia al dolor, se rebela contra él. Hoy el miedo al dolor llega a ser patológico -“algofobia” le llaman los psiquiatras -. Más que miedo, es pánico lo que tenemos al sufrimiento; no nos damos cuenta que huir de él es padecerlo doblemente. El sufrimiento se considera como un intruso absurdo que desmiente la idea de Providencia amorosa que se podía tener del Creador y hunde al hombre en la desesperación.

En este sentido preguntaba el periodista Vittorio Messori al Papa Juan Pablo II en el libro *Cruzando el umbral de la esperanza*¹: “¿Cómo se puede seguir confiando en Dios que se supone Padre misericordioso, en un Dios que es el Amor mismo a la vista del sufrimiento, de la injusticia, de la enfermedad, de la muerte, que parecen dominar la historia del mundo y la pequeña historia cotidiana de cada uno de nosotros?” .

La respuesta del Papa es muy ilustrativa, y nos puede ayudar a ir comprendiendo, de alguna manera, el sentido del dolor, la sabiduría que encierra el modo de vida de los santos:

“El escándalo de la Cruz sigue siendo la clave, hoy, para la interpretación del gran misterio del sufrimiento, que pertenece de modo tan integral a la historia del hombre: ¿Era necesario para la salvación del hombre que Dios entregase a Su Hijo a la muerte en la Cruz? ... ¿Podía ser de otro modo? ¿Podía Dios justificarse ante la historia del hombre, tan llena de sufrimientos, de otro modo que no fuera poniendo en el centro de esa historia la misma Cruz de Cristo?”²

¹ Cfr. JUAN PABLO II. *Cruzando el umbral de la esperanza*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona 1994, pág70.

² JUAN PABLO II, o.c. pp 77,78.

De la sabiduría que encierra el modo de vivir de los santos van a tratar estas páginas. Su protagonista es una mujer: joven, inteligente, sensible, activa, moderna para su tiempo, creativa, vital, independiente: María Ignacia García Escobar, cordobesa, simpática, serena, muy femenina, intuitiva, observadora, buena cristiana, muy alegre, elegante, distinguida... de familia acomodada; que va a empezar muy pronto a ir vislumbrando el dolor y el sufrimiento en su vida.

Primero ese sufrimiento que es el dolor moral: la muerte de su padre, la ruina de su familia, la enfermedad de su hermana Braulia, de tuberculosis...; con lo que esa enfermedad significaba a comienzos del s. XX. Ahora esta enfermedad se cura, pero entonces...

“Nadie quería acercarse a un tuberculoso se les consideraba como una especie de apestados, como un peligro público”³.

Un médico de la época, el doctor Torres Gost cuenta cómo se había extendido la enfermedad por esas fechas, y la cantidad de chicas jóvenes que la padecían dentro de familias sanas: “esto- comenta Torres Gost- nos producía verdadera consternación”⁴.

A la vez que el dolor va entrando en la vida de María, se van desarrollando en ella esas cualidades que podíamos llamar específicas del genio femenino y que hoy en cierta manera, se ridiculizan.

Sin embargo, el cultivo de lo femenino en su veta más genuina, más radical, más comprometida y comprometedora, ese que es revelador del verdadero talante de la mujer, ese que sabe descubrir su identidad, la va poniendo en juego y defiende el que varón y mujer se desarrollen de acuerdo con su dignidad; ése es el que verdaderamente necesitamos hoy.

Cualidades como: la capacidad de lucha, la capacidad de entrega, el humanitarismo que alivia las cargas de otros, y que continúan siendo, mal que les pese a muchos, aspectos específicos del don de la feminidad, aparecen en la vida de María Ignacia.

Primeros años de 1920. María Ignacia decide ir a trabajar a Priego, junto a Carmen Luque Matilla; una señora que ayudaba a niños abandonados, jóvenes sin recursos, a ancianos sin hogar. Para ese trabajo, María actualizó su mecanografía y colaboró con Carmen, en tareas administrativas, peticiones de ayudas a distintas entidades...etc. Pero esto duraría muy poco tiempo.

“Un día vomitó sangre, y comprendió que estaba tuberculosa, igual que su hermana Braulia.”⁵. Su enfermedad iba a ser mucho más virulenta.

³ Cfr. CEJAS, J.M., *La paz y la alegría. María Ignacia García Escobar. 1896-1933. En los comienzos del Opus Dei*. Ed. Rialp. Madrid 2001, pág 58.

⁴ Cfr. CEJAS, J.M., *La paz y la alegría...* Notas al Cap III. p. 220.

⁵ Cfr. CEJAS, J.M., Oc. pág: 64.

Hay en María Ignacia desde el principio de su enfermedad, una cierta sensibilidad para asumir el dolor. No huye de él... Impresiona su primera reacción ante éste primer síntoma. Lo escribe en un pequeño poema con el que habla con Dios:

“No llegó a perturbarme/ ningún triste pensamiento,/ Sólo poder disgustarte./ al ver la sangre que había/ desde mi pecho arrojado/ llena de amor te decía.../ ¡ Jesús mío, cuanto te amo!”

Sabía muy bien qué significaba aquel vómito de sangre. Era el anuncio de muchos sufrimientos y, casi con toda seguridad, de una muerte cercana⁶. Pensaba María que además de aceptar su enfermedad con alegría, no debía pedir a Dios que la curase; así su unión con la Voluntad divina sería más intensa y plena. Pero no acaba de saber qué querría Dios de todo esto. Lo consultó a su confesor, que le aconsejó que pidiera su curación... En otro poema lo comenta:

“Te pedí luego salud/ Pues bien sabes me recreo/ en esta precisa Cruz/ Al quererme toda tuya/ Jesús quisiste probar/ Si con alegría aceptaba/ tan terrible enfermedad/ Aunque unidas tres en una/ De esta enfermedad hubiera/ Por tu amor Jesús mi vida/ ¡¡Cual rico licor bebiera!!”.

De alguna manera esta mujer sabe, que su enfermedad y el sufrimiento que le espera es al tiempo que misterio, su grandeza. Precisamente en esto consiste la sabiduría del dolor y el sufrimiento, en considerar que los dos son grandeza de la condición humana. María Ignacia no se considera víctima de ningún sino.

Qué necesario se nos hace en estos momentos nuestros, recuperar el sentido humanizante y trascendente del dolor. Lo hemos perdido. Y nunca como ahora necesitamos tanto esta convicción ¡Recuperar la verdadera libertad, y con ella nuestro sentido...!

María Ignacia, en estos primeros momentos de su enfermedad, trata de ejercitar su libertad, de esta manera crecía en ella la capacidad de sufrir serenamente, cosa nada fácil para cualquier persona.

Juan Pablo II, en su Carta Apostólica: “*Novo millennio ineunte*” dice que para tratar de adentrarnos en el sentido del sufrimiento y del dolor, casi impenetrable a la mente humana, hemos de buscar ayuda en lo que él llama “teología vivida”⁷ de los Santos, porque sólo de ellos podríamos tomar algunas indicaciones que nos hicieran más fácil la intuición de la fe... Esos encuentros con la Cruz que han tenido tantos santos en la historia de la Iglesia, explican de alguna manera lo que iba ocurriendo en el alma de María Ignacia. Ésta iba aprendiendo -Dios se lo iba haciendo ver- que la Providencia nos coloca ante las diversas circunstancias de la vida, ante la enfermedad también, para empujarnos a madurar. Que tenía que ir conquistando su libertad, su serenidad, hasta su alegría, plenamente convencida

⁶ Cfr. CEJAS, J.M., *oc*, pág. 65.

⁷ Cfr. JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte*. Ed. Palabra.Madrid 2001, pp. 81, 82.

de que el sufrimiento se convierte en fuente de paz cuando se acata de veras la Voluntad de Dios. La verdadera madurez de su personalidad estaba justo en esto. Así conquistaba María su libertad y ponía en ello, el mismo esfuerzo creativo que ponía al escribir.

Su gran terapia va a ser escribir, y lo hará sin dramatismo, con sencillez...

Sabía que idénticos sucesos pueden enriquecer a una persona, o por el contrario arruinarla. Iba madurando su personalidad. Veía en la hondura y la belleza de todo lo creado la cercanía de Dios que es Amor y que todo lo que se puede conocer de Él, está en las cosas creadas. La finura espiritual que se refleja en sus escritos nos van desvelando: “un alma recia, sensible y ardorosa, enamorada de Dios a la que Él condujo hacia Sí por el camino por el que suele llevar a los que más ama: por el del sufrimiento que identifica con Cristo en la Cruz”⁸.

María Ignacia lee mucho, procurando completar su formación académica, que se reduce como la de tantas jóvenes de su generación a una cultura general. También se interesa por conocer buenas obras de espiritualidad.

Sus composiciones son sencillas escritas en la intimidad del alma con Dios, que revelan su rica vida interior. Sin pretensiones literarias, son lo que ella llama “Máximas espirituales” “Consejos, para poner en práctica”:

“Dichosa mil veces el alma que se mantiene firme y serena en medio del dolor”.

“La oración de un enfermo agradecido es un tesoro escondido que no se puede calcular su valor.”

“¿Quieres ser entendido por todos?. Tendrás que usar entonces un lenguaje muy humano; el lenguaje divino...; son tan poquitos, por desgracia, los que lo entienden!”

O este poema, entre muchos:

“Circunstancias fatales/ Podrán también cercarme/ Pero Tú, Vida mía/ Vendrás a consolarme/ Amigas muy queridas, se apartarán de mí/ Pero... nada me importa/ Mientras te tenga a Ti”⁹”

Sus escritos guardan un encanto especial, por su misma sencillez, a pesar que se perciban en su forma, los ecos románticos del XIX. Pero no son sólo “versos románticos”, están hechos con jirones de la propia vida y rezuman amor y sufrimiento, nunca amargura. Su destinatario, la mayoría de las veces, Jesús. María Ignacia reza por escrito. En ellos funde amor y dolor: dolor ofrecido, dolor enamorado, dolor convertido en instrumento de corredención y de reparación.

Un día, cae en sus manos la “Historia de un alma”, de Teresa de Lisieux. La lectura de ese libro cambió muchas de sus perspectivas espirituales: aprendió a

⁸ CEJAS, J.M., *María Ignacia García Escobar, una mujer del Opus Dei*. Ed. Palabra, Madrid 1992, pág 17.

⁹ CEJAS, J.M., *La paz y la alegría. María Ignacia García Escobar: 1896-1933. En los comienzos del Opus Dei*. Ed. Rialp. Madrid 2001; pp:177 y ss.

no tener cálculo ni medida en el Amor a Dios.

También como Teresa de Lisieux, María Ignacia descubrió los desgarramientos de la condición humana. La soledad, la angustia, el absurdo y la locura del dolor en una vida joven, “¿sin salida?”... Sólo que ella encontró respuestas esclarecedoras que no encontraron entre otros, personajes de la literatura como Albert Camus, Freud, Dostoievski, Sartre, ante los mismos problemas. Estaba anclada en una confianza obstinada y rebelde en la misericordia de Dios y esto ¡aunque sufra!. Aprendía a pasos de gigante la sabiduría del dolor.

María Ignacia comprende que su vida va a tener esa razón profunda de ser: la expiación por las faltas propias y ajenas. En la Eucaristía encontrará la fuerza interior que necesita para llenarse de esperanza, no tanto de curarse, sino de cumplir la Voluntad de Dios. Y sigue escribiendo...

Contra todo fatalismo romántico, María Ignacia no desea morir. La muerte la aceptará, si Dios la quiere, que es algo muy distinto.

Así llega a la sierra de Madrid, al sanatorio de Valde Sierra en el pueblo de Guadarrama : “muy enferma y débil”. María a 1.050 metros de altura, “Pudo respirar aire puro y unirse aún más íntimamente a Dios como advierte en sus poemas”¹⁰. En este sanatorio hay muy buena voluntad por parte de todos, pero pocos medios: “morían muchos”, recuerdan los vecinos del pueblo. Esta cercanía de la muerte provocaba una fuerte tensión interior en muchos enfermos. Cualquier contratiempo se convierte para algunos, en una explosión de rabia...”¹¹ María Ignacia procura consolar en lo que puede a las nuevas amistades que va haciendo. Pilar y Mercedes Archila de la Hoz, dos maestras jóvenes, entre otros enfermos del sanatorio. Por su parte- lo cuenta en su poema “*A mi llegada al Guadarrama*” – se produce en ella una gran paradoja: sufre mucho, pero ve:” que todo lo que padece le produce alegría”¹².

Y es que lo que se opone a la alegría no es el sufrimiento, ni el dolor, sino la tristeza; por consiguiente hay sufrimiento que se puede decantar en alegría, en opinión de muchos médicos. Una misma afección somática, afirman, puede llevar a la desesperación, a la renuncia de todos los valores, y hasta de la propia existencia; o por el contrario a la esperanza confiada, llena de sentido, con la firme decisión de seguir luchando por la vida... El dolor y el sufrimiento pueden ser concebidos como un absurdo, o penetrar con ellos más a fondo en el sentido de las cosas y del hombre. Es como si el mismo dolor abriese una ventana al yo invitándole a contemplar lo trascendente, lo que está más allá de la propia existencia, pero que

¹⁰ CEJAS, J.M.. *María Ignacia García Escobar, una mujer del Opus Dei*. Ed. Palabra.Madrid 1992,pág 18.

¹¹ José Miguel Cejas, *La paz y la alegría. María Ignacia García Escobar. 1896-1933. En los comienzos del Opus Dei*. Ed. Rialp. Madrid 2001,pág 79.

¹² CEJAS, J.M., oc. p. 79.

ha de llegar.

La causa principal de la alegría de María Ignacia, en estos días de 1930 es su trato con Dios en la Eucaristía. El sanatorio, “contaba con una pequeña capilla donde podía acudir a cualquier hora a acompañar a Jesús Sacramentado. Le atiende espiritualmente don Juan Martínez Montón, sacerdote internado también en Valdelasierra. Los consejos de este sacerdote, enfermo como ella, ayudarán mucho a María... De estos días recordaría escribiendo: “Aún más que mi enfermedad mi espíritu se alivió”¹³.

Así regresaba en julio de este mismo año a Hornachuelos, con mejor aspecto, pero es un alivio pasajero. Muy pronto se ve obligada a volver a Madrid. Ocupará la plaza que su hermana Braulia había podido al fin conseguir en el Hospital del Rey. María Ignacia empeora a ojos vistas.

Hasta hacía muy poco, en España no se había podido contar con un centro especializado como éste. María Ignacia da gracias a Dios por encontrarse en este hospital moderno, con médicos de prestigio. Una enfermera la conducirá hasta su cama pasando por los pabellones del hospital: “Esta es su sala- le dice y añade señalándole la cuarta cama- Y ésa es su cama”¹⁴.

“Este será, a partir de ahora, el marco de su nueva vida: una sala grande, altas paredes vacías, dos hileras de camas metálicas, sin apenas espacio para moverse entre ellas. Ventanas altas abiertas de par en par. Penden del techo unas bombillas solitarias. Huele a hospital... Las enfermas de la sala la reciben bien. Sabe que no hay un tratamiento claro para su enfermedad, salvo las lámparas de cuarzo, y las curas de aire... Por eso, haga el tiempo que haga, las ventanas de la sala permanecerán abiertas...”¹⁵.

Se va adaptando a su nueva situación y sigue escribiendo. Procura que las enfermas de la sala se acerquen al Señor... En el Hospital, como en tantos otros lugares en 1930, se perfilaban claramente las diferencias políticas, que llevarían a crear dos bandos irreconciliables, que acabarían en barricadas.

Escribe muchas cartas, y sigue con los poemas En ninguno de ellos se refiere a sus dolores- ya son bien intensos- ni al frío continuo que sufre en las salas, ni al chirriar de las camas metálicas, ni a la total ausencia de intimidad, ni a las toses continuas de las enfermas... Aspira sólo a dar, como había escrito: “dar únicamente por dar, sin ocuparnos de la recompensa: porque la vida del amor consiste en darse, en vivir entregado a Dios y al prójimo, sin mezquinos cálculos”¹⁶.

¹³ CEJAS, J.M., oc. p. 80.

¹⁴ CEJAS, J.M., oc. p. 83.

¹⁵ CEJAS, J.M., *María Ignacia García Escobar; una mujer del Opus Dei*. Ed. Palabra, Madrid 1992.

¹⁶ CEJAS, J.M., *María Ignacia García Escobar...* oc .

Pasa mucho tiempo, durante sus ratos de oración, contemplando en la intimidad de su alma la Pasión del Señor. Y escribe inspirándose en los autores espirituales que ha leído: “Miré a mi Salvador, traspasado por los clavos, lo contemplé con amor y hallé que la mortificación era Él; el sufrimiento era Él; y entonces, obrándose en mí una transformación, todo me pareció divino”¹⁷.

María Ignacia asume su situación con realismo, sabe lo que le espera... y a veces no puede evitar que de su corazón salga esta pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué todo esto?. Tal vez muera sin saber el sentido último de lo que le sucede. Pero no le importa y piensa: lo importante no es saber, sino amar...

El hospital es un pequeño mundo y aunque corren malos tiempos, sus compañeras le cuentan que dos sacerdotes habían dado una misión para los enfermos y enfermas del Hospital del Rey. Uno se llamaba Lino Vega Murguía, y el otro José María Somoano. Los dos sacerdotes jóvenes colaboran con el Fundador del Opus Dei. Desde que se lo dijeron, María Ignacia quiere conocerlos. ¿Qué poco podía ella intuir lo que estos sacerdotes iban a significar en su vida!

Pasan los días en la vida del Hospital y en la historia de España. El 12 de abril de 1931 se celebran elecciones municipales en toda España. “El rey entiende que los resultados constituyen una refutación a la monarquía, y decide exiliarse. Se proclama la República”¹⁸.

Los comentarios de la prensa ocupan más que nunca las conversaciones de los enfermos del Hospital. María Ignacia reza por la confusa situación social que se está viviendo. Sufre por los suyos que viven en Córdoba y Sevilla, uno de los focos donde se producen más hechos de violencia... A mediados de mayo la prensa va dando noticias de las iglesias quemadas en Madrid.

María se pregunta ¿Cómo desagaviar esos actos de desamor? y concluye: con amor. Amor con obras, y en lo pequeño. Durante todos esos meses procurará intensificar su afán por acercarse a sus amigas al Señor. En Agosto empeora su salud. Los dolores se hacen insufribles: hay que operar. En estos mismos días decide ir anotando en un Cuaderno sus experiencias espirituales. Escribe para rezar, para dialogar con Jesús. Sabe que su vida se acaba y lo plasma en su cuaderno: “sólo me restan unos días”.

Los médicos no saben como atajar la tuberculosis peritoneal que padece. Tiene que operarse por segunda vez. A María Ignacia le fallan las fuerzas. A la enfermedad tiene que unir las tensiones que se están viviendo en el Hospital. José María Somoano, el joven capellán de la Enfermería se desvive por atender y llevar la comunión a todos los enfermos que lo desean. Su celo no pasa inadvertido por María; que aunque se encuentra cada vez más débil, “continúa desarrollando

¹⁷ CEJAS, J.M., *La paz y la alegría...* oc. Pág: 85.

¹⁸ CEJAS, J.M., *La paz y la alegría...* oc. Pág. 89.

un intenso apostolado entre sus amigas”¹⁹

María Ignacia se prepara para una muerte cercana. Ofrece sus dolores por la Iglesia, por el Papa, por su madre, por la curación de su hermana Braulia... y también por “una misteriosa intención del capellán”, que a veces, al pasar por la sala, se acerca a su cama y le pide:

“María: hay que pedir mucho por una intención que es para bien de todos. Esta petición, no es de días; es un bien universal que necesita oraciones y sacrificios, ahora, mañana, y siempre. Pida sin descanso que el fin de la intención que le digo es muy hermosa. No le digo lo que es, porque no puedo ¿sabe?”

¿Un bien universal, que no es de días? ¿Qué habrá querido decir? La intención tenía que ser algo verdaderamente importante. Ella iba ofreciendo sus dolores por aquella intención, igual que otras muchas enfermas del hospital, pero ¿en qué consistía? Y un día se decidió a preguntárselo: debía ser muy importante la intención, porque Jesús -comentaba María Ignacia- se está portando muy espléndido conmigo. De noche cuando los dolores no me dejan dormir, me entretengo en recordar su intención...

Cuesta trabajo, con una mentalidad hedonista como la que vivimos, comprender que el sufrimiento pueda convertirse en un factor constructivo de nuestro carácter, de nuestra personalidad. Y nos preguntamos ¿Será que existen algún tipo de personas, con un soporte biológico, o temperamental, predispuestas a asumir positivamente el dolor? La misma experiencia nos dice, no son las personas más fuertes las que mejor superan el sufrimiento, sino las que tienen un motivo de esperanza... María Ignacia, lo tenía.

“El día 9 de abril de 1932, como tantos sábados, don Lino Vega Murguía recorría las salas del hospital para atender a quien se lo pidiese. Aquel día estuvo hablando con María Ignacia. Esa conversación cambió su vida.

Don Lino le habló de una realidad nueva que había comenzado en la Iglesia: un camino de santidad por medio del trabajo para los cristianos que viven en medio del mundo. Un camino que estaba en sus comienzos y necesitaba del cimiento de la oración de miles de personas. Esa era la intención por la que pedía oraciones el capellán de la enfermería: el Opus Dei.

¿Al fin conocía María Ignacia el contenido de la intención de don José María, por la que llevaba tantos meses ofreciendo oraciones y sufrimientos!.

No sabemos en concreto que más le dijo D. Lino, muy posiblemente le hablaría del Fundador, un joven sacerdote llamado Josemaría Escrivá. Pero ese día el Cuaderno de María Ignacia refleja su alegría. Lo escribirá como una de las jornadas más felices de su vida. Dios la llamaba al Opus Dei: “allí postrada en aquella cama del Hospital, con nada sano en su cuerpo, cuando todos los médicos

¹⁹ CEJAS, J.M., *oc. p. 33.*

¹⁹ Cfr. CEJAS, J.M., *La paz y la alegría... o.c. pág. 95*

la desahuciaban y sólo esperaba la muerte, allí precisamente, Dios le había hecho ver su vocación. Aquella enfermedad -lo comprendía ahora con una luz nueva, resultado de tanto aceptar lo que Dios quería- era algo más que una cruz que debía soportar: era su trabajo, su instrumento de santificación, su camino concreto para llegar a Dios... A partir de este momento todo le hacía santa. Su enfermedad, su sufrimiento era su medio específico para hacer el Opus Dei en la tierra...!"²⁰ Ella por su parte no dudó en corresponder a esa llamada, presentida a lo largo de toda su vida.

A partir de entonces su itinerario espiritual cobra dimensiones insospechadas. La sabiduría del dolor y del sufrimiento le capacita, ¡y de qué manera! para comprender que Dios es su Padre, y a tratarle con la sencillez de los verdaderos sabios. Esa misma sabiduría del dolor y del Amor le llevó a profundizar de manera insospechada en el espíritu del Opus Dei que estaba naciendo también bajo el signo de la Cruz.. Vendrían miles de mujeres a aquella Obra de Dios. ¡Y ella en aquel Hospital iba a ser parte del cimiento del Opus Dei.

Era el día 9 de abril de 1932... Al fin saboreaba María Ignacia una alegría y una paz que se había ido ganando "a pulso". Víctor Frankl, comentando a Hölderlin dice: "sólo el que pisa su sufrimiento, se eleva". María pisando su sufrimiento, fue capaz de encontrar el sentido de su vida.

Esa primavera el Fundador del Opus Dei, ayudaría en las tareas del Hospital a Don José María Somoano, y a don Lino Vea-Murguía. Durante aquellas visitas, María Ignacia fue recibiendo del Beato Josemaría Escrivá, formación doctrinal y el espíritu de aquel camino de santidad en medio del mundo por el que había ofrecido tantos de sus dolores... Sufrir todo por su Amor...

"Si eres otro Cristo- escribía el Fundador-, si te comportas como hijo de Dios, donde estés quemarás. Cristo abrasa, no deja indiferentes los corazones."

Y otra nueva paradoja en su vida... Cuando podía dar más aquí en esta tierra, Dios se la llevaba. Pero esto no le inquieta. Sabe que su modo de hacer el Opus Dei era precisamente por medio de su dolor; y que eso y no otra cosa era lo que Dios quería para ella. Que aquel dolor -ya lo vislumbraba desde hacía tiempo- no era un castigo, sino amor de predilección de Dios. Su cuaderno refleja su lucha diaria por enamorarse cada vez más del Señor, a pesar que los dolores que estaba padeciendo "me producen agonías mortales".

María Ignacia está más activa que nunca: desde su cama reza, encomienda las futuras labores apostólicas, escribía, hablaba con unas y con otras. San Josemaría Escrivá le atendía espiritualmente- recuerda Braulia, que al empeorar su hermana se ha trasladado a Madrid a cuidarla- dándole muchos consejos y animándola en su labor de apostolado.

²⁰ CEJAS, J.M., *María Ignacia García Escobar; una mujer del Opus Dei*. oc. pág 28.

Braulia cuenta, “como el Fundador cuidaba con mimo esa vocación animándola en su función expiatoria, ofreciendo al Señor los terribles dolores que padecía la enferma”²¹.

Un año llevaba María Ignacia en la Obra, cuando entró en la última fase de su calvario. Lo cuenta también, Braulia: “Tenía dolores terribles, estaba llagada de los pies a la cabeza; la última vértebra la tenía deformada y sobresalía tremendamente. Se había quedado consumida, incluso más pequeña de estatura”. Y María seguía escribiendo. “¡Te debo tanto, Dios mío!. ¡Me has mirado siempre con tanta misericordia!... Aquí me tienes..., no me canso de repetírtelo...lo que quieras, cuando quieras y en la forma que quieras.

En mayo “comenzó un intensísimo holocausto expiatorio”²². En los Apuntes íntimos del Fundador del Opus Dei se lee:

“Día de San Isidro -15-V-1933-: Ayer administré el Santísimo Viático a mi hija María García. Enferma de tuberculosis fue admitida en la Obra. Con el beneplácito del Señor. Hermosa alma. Hizo conmigo confesión general antes de recibir la Comunión... Ama la voluntad del Señor esa hermana nuestra: ve en la enfermedad, larga, penosa y múltiple (no tiene nada sano) la bendición y las predilecciones de Jesús y aunque afirma en su humildad que merece castigo, el terrible dolor que en todo su organismo siente, sobre todo por las adherencias del vientre, no es un castigo, es una misericordia”. ¡Cómo amaba la voluntad de Dios esta mujer!...Las ruedas de su carro de triunfo- diría el Beato Josemaría Escrivá en la nota necrológica de María Ignacia: 13 de Septiembre de 1933- han sido la oración y el sufrimiento. ¡Qué paz la suya!. ¡Cómo hablaba y con qué naturalidad, de ir pronto con su Padre-Dios...No la hemos perdido, la hemos ganado”²³.

Tal y como su principal biógrafo, José Miguel Cejas, comenta, la historia de María Ignacia García Escobar es la historia de la intimidad de una mujer. La crónica de un corazón femenino que supo demostrar que vale la pena ser persona y sufrir en el mundo, aunque sea mucho; tanto vale la pena que el mismo Dios decide hacerse hombre y sufrir, mostrando a todos el camino para llegar a la felicidad.

²¹ Cfr. Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei* Tomo I: *¡ Señor, que vea!*, Ed Rialp, Madrid 1997, pp:439 y ss.

²² Cfr. Andrés Vázquez de Prada, oc, pág 440.

²³ San Josemaría Escrivá, *Nota necrológica sobre María Ignacia García Escobar*. Recogida en Andrés VAZQUEZ DE PRADA, oc pág:627.